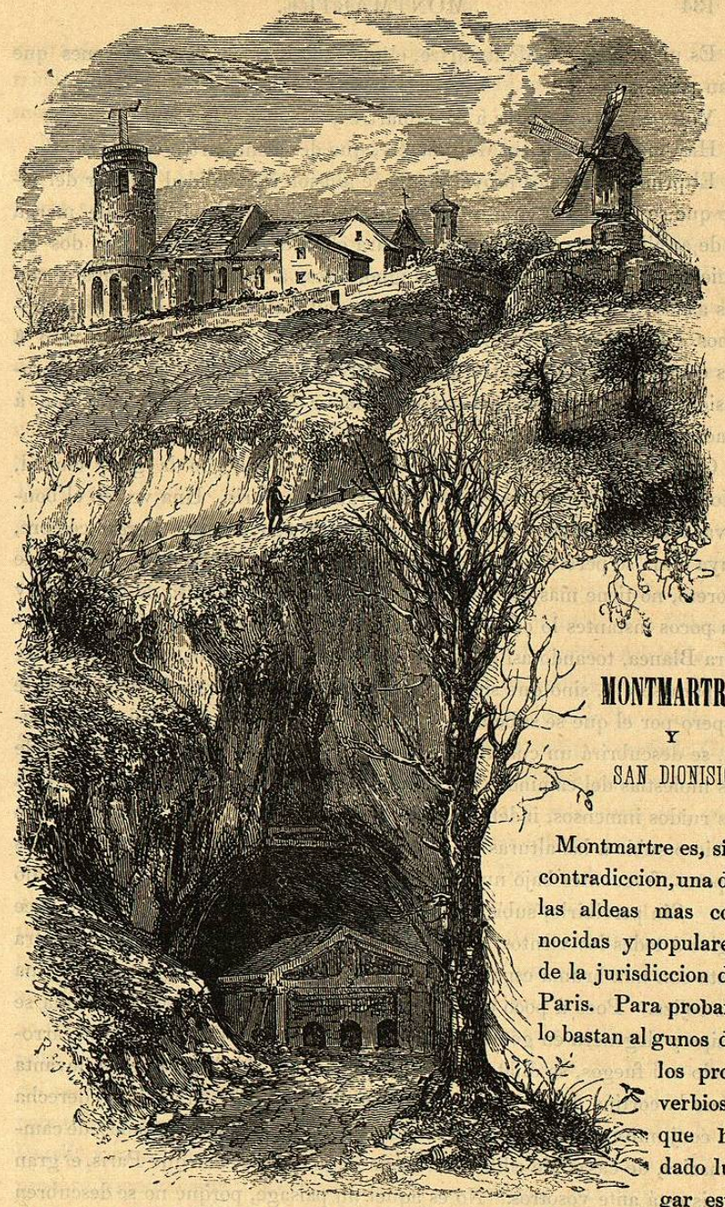

MONTMARTRE
Y
SAN DIONISIO.

Montmartre es, sin contradiccion, una de las aldeas mas conocidas y populares de la jurisdiccion de Paris. Para probarlo bastan algunos de los proverbios á que ha dado lugar esta aldea, y que dan testimonio de la antigua reputacion de que goza. Hé aquí algunos de esos dichos, de esos adagios populares.

El que bebe una pinta del vino de Montmartre, mea cuatro.

Es un adivino de Montmartre, el que adivina las fiestas despues que han pasado.

Yo te enviaré á pastar á Montmartre y à beber à la Ciénega.

Hay mas de Paris en Montmartre, que de Montmartre en Paris.

El primero de estos proverbios hace alusion à la calidad inferior del vino que se cosechaba en ese terreno gipsoso formado de bancos de marga y de arcilla, y por tanto, impropio para el cultivo de viñas. Los dos siguientes se aplican á las personas ignorantes, á quienes se compara con los asnos que se encontraban en aquellas alturas, llevando carga á los molinos. El último proverbio alude à la busca que se va á hacer de yeso á las canteras de Montmartre, pues al volver cargadas de esta pesada provision, bestias y gentes caminan con mayor lentitud que cuando van á traerla.

Gracias á las multiplicadas invasiones que ha hecho la gran ciudad, Montmartre debe ser tenido por un arrabal de Paris. Una vez en el boulevard de los Italianos, el paseador que desee conocer este *terreno* célebre, cuya cima se percibe por sobre la pequeña iglesia de Nuestra Señora de Loreto, no tiene mas que montar en un *ómnibus* en el paso de la Opera, y en pocos instantes lo conduce este carruage por rumbo del Norte á la barrera Blanca, tocando así á las primeras casas de Montmartre. Mas no debe pararse allí, sino que siguiendo hácia la izquierda un tramo bastante áspero por el que se sube á la colina, llegando á lo mas elevado de la altura, se descubrirá un cuadro á la vista del paseador, que lo indemnizará de las molestias del camino. En efecto, verá á Paris casi á sus piés y oirá los ruidos inmensos, indefinibles de esa gran ciudad. Es un espectáculo curioso subir á las alturas de Montmartre, cuando uno de esos nublados espesos, frecuentes bajo nuestro cielo, oscurecen la luz del sol hasta medio dia. Sin percibirlo, subìs á esos molinos famosos que dan vueltas hace siglos á todos los vientos; despues, á derecha é izquierda tropieza vuestra vista con una bruma espesa, al través de la cual se distingue apénas una luz rojiza. Poco á poco esta luz aumenta, el aire se refresca, la bruma se disipa y degenera en gotas de agua imperceptibles, el disco del sol, arrojando mil fuegos, se dilata y el velo que cubria el horizonte se levanta como la cortina de un teatro. Repentinamente se descubre á la derecha un conjunto inmenso, singular, indefinible de palacios, de cúpulas, de campanarios, de casas, de edificios de toda clase que revelan que Paris, el gran Paris está ante vosotros. No es aquel un paisage, porque no se descubren praderías ni estanques; apénas unos cuantos árboles recuerdan la verdura; es un panorama admirable. La vista se detiene en este conjunto confuso, el espíritu se queda pensativo é inquieto reflecsionando en todo lo que encierra de grandeza y de miseria, de destinos gloriosos y triunfantes, de sufrimientos y de pesares desconocidos, esta ciudad inmensa, esta ciudad modelo.

No es solo por la singularidad de su situacion por lo que Montmartre se recomienda á los curiosos, sino que recuerdos históricos de todas clases, y que suben á los primeros tiempos de nuestra historia, aumentan la celebridad de ese lugar. Estos recuerdos son tan antiguos, que los sabios no han podido descubrir el orìgen verdadero del nombre dado á esa colina. Unos, preocupados siempre con las oscuridades de la historia de los galos y de los celtas, han visto en el nombre de Montmartre, una alteracion del de *Mercurio* (Mons Mercurii) cambiando *mer* en *mar;* otros, aprocsimándose á los tiempos modernos, y refiriéndose al culto de los mártires, encontrarán en él el orígen del nombre que lleva: algunos historiadores, en fin, descansando en la autoridad de Albon, que en su poema del sitio de Paris llama á este lugar Monte de Marte (Mons Martis), se fijan en este orígen. Ya en 886, cuando los Normandos sitiaron á Paris, ocupaban esta colina algunas habitaciones miserables, y una pequeña capilla consagrada al culto de unos santos mártires, sobre cuyos nombres se habla con variedad. Sea como fuere, ya en 770 se hablaba del culto de San Dionisio y en honor suyo, Luis el Gordo, rey de Francia y la reina Adelaida, su esposa, fundaron por el año 1133, un monasterio de religiosas del Orden de San Benito, despues de haber comprado à los monges de la abadía de San Martin los derechos que les habia dado sobre el antiguo oratorio Guillermo secsagésimo tercero, obispo de Paris. No solo hizo construir el rey un monasterio con dormitorio, refectorìo, claustro y sala capitular, sino que destruyó la antigua capilla é hizo levantar una iglesia sobre la cima del terreno, en el lugar mismo que ocupa hoy. Durante los primeros siglos de su institucion, los Benedictinos de Montmartre siguieron con esactitud la regla severa que las regia. La situacion del monasterio esponia á las religiosas á todo el rigor del invierno, y fué preciso, por lo mismo, acordarles indulgencias y autorizarlas á separarse un tanto de la severidad de su instituto. Así es que, por el año 1231, la abadesa Elisenda les permitió usar calzado con forro de piel y calentarse al fuego de la cocina y del refectorio. Las riquezas que debian las religiosas á la adoracion de los peregrinos, introdujeron el desórden en el convento, y este desórden habia llegado á su colmo hácia fines del siglo XV; Juan Simon, obispo de Paris, procuró hacerlo cesar. Estévan Pancher, su sucesor, estableció en aquel convento otras religiosas de la Orden de Fontevrault, que llevó de las cercanías de Senlis: pero el desórden volvió á comenzar algunos años despues, y á fines del siglo XVI fué calificado el monasterio con un nombre

infame y muy merecido, á causa de los amores que una de las abadesas tuvo con Enrique IV.

El monasterio establecido en la cumbre de la montaña, fué destruido casi enteramente por un violento incendio en 1559, y reedificado despues; pero abandonado en 1598 á los soldados del ejército realista, se vió en ruinas por segunda vez, y en los primeros años del siglo XVII, cuando la abadesa arrepentida María de Beauvilliers quiso reunir su rebaño disperso, prefirió establecerse en la parte baja de la montaña, no léjos de una pequeña capilla que habia dependido siempre de la abadía grande. Otras religiosas volvieron á entrar en esta antigua casa, y esta doble comunidad sufrió algunas dificultades de parte de los superiores; pero habiendo hecho construir Luis XIV junto á la capilla un claustro destinado à todas las religiosas, la comunidad de la antigua abadía obtuvo el 12 de Agosto de 1681, autorizacion del arzobispo de Harlay para venir á habitar el nuevo claustro y trasladar á él las reliquias que estaban en la iglesia primitiva.

Hasta fin del siglo XVIII, la cima de Montmartre, así como las canteras de yeso que la rodean, fueron objeto de estrañas supersticiones, cuyo

orígen se pierde en la oscuridad de los tiempos. El demonio y los seres malignos que lo acompañan, han frecuentado siempre estos lugares: desde 944 nos cuenta el cronista Flodoart, que habiendo soplado un viento impetuoso en la ciudad de Paris, vino á estrellarse en el *Monte de los Mártires*, destruyendo casas de grande solidez. Se asegura, añade Flodoart, que fueron vistos en el aire muchos demonios en forma de caballos, que sacudian los muros de la iglesia y arrancaban todas las viñas de la loma: desde entónces las canteras y los lugares apartados de esta colina, han sido siempre visitados por el diablo. El pueblo enviaba, por burla sin duda, á la capilla de los Santos Mártires, á los maridos engañados por sus mugeres ó que eran víctimas de sus caprichos. Las mugeres tenian tambien en esta iglesia un santo misericordioso, cuyo socorro invocaban para alcanzar la paz doméstica; *San Mejorado*, decian, tiene poder de mejorar á los maridos. Esta leyenda popular estaba fundada en la de Santa Anastasia, que estando casada con un hombre malo, refirió á San Critógono los tormentos que padecia, y le pidió que rogase á Dios por ella. Así lo hizo el santo, y el marido murió. Sea enhorabuena! Lamonnoye, en su edicion de *Menagania*, refiere tambien esta leyenda: «Una muger hizo novena á *San Mejorado*, pidiendo la conversion de su marido; habiendo muerto este cuatro dias despues, la muger esclamó: «¡Qué grande es la bondad del santo, supuesto que da mas de lo que se le pide!"

Los hechos históricos relativos al terreno de Montmartre, comienzan con el fin del siglo IX: en 886, durante el sitio de Paris por los Normandos, el conde Eudes, que habia ido á buscar socorro cerca de Cárlos el Gordo, se presentó en estas alturas para obligar á los parisienses á facilitar, por un ataque imprevisto, su entrada en la ciudad. Allí acampó Cárlos el Gordo cuando vino con su ejército en ausilio de Paris sitiado: en fin, de las alturas de Montmartre, los dos hermanos Thierry y Alderan cayeron con doscientos hombres sobre los Normandos, à quienes hicieron sufrir pérdidas considerables.

El emperador Oton II, con su ejército, ocupó á Montmartre en 978; prohibió fuesen destruidas las capillas erigidas en honor de los santos mártires, y se contentó con dar cumplimiento à la promesa que habia hecho al rey Hugo Capeto, encerrado en Paris, de que «el *Alleluia* que se entonara para dar gracias á Dios por sus victorias, seria cantado tan alto que no se habria oido cosa semejante." A este fin, habiendo reunido en la cumbre de la montaña considerable número de clérigos, hizo entonar el *Alleluia, te Mártirum candidatus tandat exercitus* por tantas y tan sonoras voces, que los habitantes de Paris, sorprendidos de este canto solemne, se prepararon á un sitio igualmente largo que terrible.

Desde época muy remota, la iglesia alta de Montmartre y la capilla situada al piè de la colina, eran visitadas por frecuentes procesiones de parte de diferentes iglesias de Paris; entre las antiguas estaciones del clero de la metrópoli, en cuaresma, se encuentra la capilla de Santa Maria de la iglesia de Montmartre. En el invierno de 1392, se ofreció un espectáculo singular á las miradas del pueblo de Paris: ya comenzaba à conocer el triste destino de su muy amado rey atacado de una enfermedad misteriosa que parecia difundida en todo su ser por el demonio: se vió salir de la casa de San Pablo à los señores de la corte y á los príncipes de la sangre, vestidos de luto y descalzos, precedidos por el clero de palacio. En medio de los príncipes, montado sobre un caballo negro, iba el rey, pálido el semblante, estraviada la vista y no teniendo una sonrisa para contestar á las aclamaciones de la multitud que, triste, espantada, se agolpaba á su encuentro. Cárlos VI, segun se aseguraba, iba, no obstante el rigor de la estacion, á la capilla de los Mártires á dar gracias à Dios por haber escapado de una gran desgracia. Cada uno se repetia en voz baja que el rey

de Francia era uno de los señores que pocos dias ántes habian asistido disfrazados, en la casa de la reina Blanca al festin de las segundas nupcias de cierta viuda, dama de la casa de Orleans, y que fué sorprendido por el incendio acaecido allí. La víspera se habia celebrado un oficio fúnebre en sufragio de los dos gentiles-hombres, víctimas de este deplorable accidente: Cárlos VI, todavía afectado de la conmocion violenta que resintió, echaba sobre la multitud una mirada indefinible, en la que se podian leer todas las desgracias que marcaron su reinado.

Siempre que han amenazado à la capital tropas enemigas, lo primero que han hecho ha sido apoderarse de las alturas de Montmartre. Así fué durante las guerras del siglo XV y cuando el sitio desgraciado que Càrlos VII y Juana de Arc pusieron á Paris en 1425: á fines de 1598, se apoderó Enrique IV de las alturas de Montmartre, aprovechándose de un terraplen bastante ancho que encontró allí, para situar muchas piezas de artillería, cuyos primeros tiros hicieron conocer su llegada à los coaligados. El 10 de Agosto de 1792, la Asamblea nacional, que habia decretado la formacion de un campo de 20,000 hombres bajo los muros de Paris, para contener á la capital, autorizó á los artilleros de las secciones para establecer baterías en las alturas de Montmartre. Durante los años desastrosos de 1814 á 1816, fueron estas mismas alturas teatro de notables hazañas, que no por haber sido infructuosas, dejan de merecer un lugar distinguido en la estimacion pública. En 1814, los desastres que habia sufrido Napoleon, obligaron á los habitantes de Paris á levantar fortificaciones contra los ejércitos enemigos. Se trabajaba en ellas con mucho celo, cuando se vió á nuestros soldados replegarse sobre las alturas que rodean á la capital. José Buonaparte ocupaba á Montmartre con su cuerpo de ejército; estrechado por las bombas y las balas de las tropas coaligadas, tuvo que batirse en retirada y confió á cuatrocientos dragones la defensa del puesto que abandonaba. «Veinte mil hombres del ejército de Silesia, avanzaron entónces altivamente contra este puñado de franceses, y estos franceses, á quienes animaba á un tiempo mismo el amor de la patria y el de la gloria, léjos de apelar á la fuga, se obstinaron en querer defender el puesto confiado á su valor. Fuertes solo con su audacia, cargaron al enemigo con su impetuosidad ordinaria, y tuvieron la gloria de rechazar muchas veces á esta imponente masa de asaltantes.... No obstante à cada segundo eran disminuidas las filas de estos nuevos Espartanos, y como los de las Termópilas, iban ya á perecer todos, víctimas de su generosa abnegacion, cuando el coronel que los mandaba, viendo que iban á ser flanqueados por el plano de Neuilly, hizo tocar retirada, dejando al enemigo estupefacto de una audacia que, durante esta memorable jornada, se mostró la misma en todas las filas del ejército frances." [*Diccionario topográfico, militar, &c.*]

Dueños los rusos de Montmartre, se encontraron con gran número de cajones de parque y veintinueve piezas de artillería que iban á dirigir contra la capital, cuando supieron la capitulacion firmada en Belleville por el

duque de Ragusa. Respetaron las condiciones del tratado y no se hicieron reos de ninguno de aquellos escesos que ordinariamente cometen los ejércitos victoriosos.

Montmartre es hoy una municipalidad muy considerable, que puede ser tenida como prolongacion de un arrabal de Paris. Sobre todo, es famosa por sus tabernas, sus canteras de yeso y sus molinos de viento. Los molineros del lugar venden bebida al pueblo del arrabal que, en la buena estacion, va á divertirse à las alturas de Montmartre. No debo olvidar un establecimiento digno del reconocimiento público; el *Asilo de la Providencia*, hospicio particular en que ancianos y huérfanos son mantenidos á espensas de los miembros de la asociacion de la Providencia. A las puertas de Paris se halla tambien el cementerio de Montmartre, que es el mas antiguo de los abiertos fuera de la capital á fines del último siglo. Durante la primera revolucion se le nombraba *Campo de Reposo*. Este cementerio, formado en las canteras de yeso, se compone de un valle profundo rodeado de tres colinas: lo sombrean y perfuman muchos árboles y plantas de romero: sus sitios pintorescos, lo mismo que sus monumentos funerarios, varian à lo infinito.

SAN DIONISIO.

La grande celebridad de que ha gozado en todos los tiempos de nuestra historia la abadía real de San Dionisio, ha dado á los lugares en que está situado este monasterio la fama que por el aspecto monótono del paisage no habrian alcanzado jamas. La pequeña villa de este nombre se levanta en un vasto llano, cuya triste estension no es interrunpida por ningun accidente natural; refrescan este llano las aguas de un canal destinado á facilitar la navegacion entre el Sena y el canal de Ourcq, donde termina con un estanque en forma de media luna. Los principios de la villa de San Dionisio datan de los primeros siglos de nuestra era y se unen al martirio que los tres santos confesores Dionisio, Rústico y Eleuterio, sufrieron á las puertas de Paris. Como se ha dicho arriba, fué ejecutado el suplicio de los tres apóstoles al pié de la colina de Montmartre. Dionisio, segun cuenta Elonino, agiógrafo del siglo IX, despues de decapitado tomó su cabeza con ambas manos y continuó caminando cerca de una legua. Una señora gala, movida de este milagro, embriagó á los que custodiaban los restos mortales de los mártires y se apoderó de estos para darles sepultura.

Se atribuye à Santa Genoveva el honor de haber sido la primera que levantó una capilla en el sepulcro de San Dionisio. Muchos milagros hacia esta doncella; curaba á los endemoniados, lanzando al espíritu maligno con la señal de la cruz. Repetidas veces el diablo apagaba el cirio que ardia en la capilla é inmediatatameute era vuelto á encender por un ángel: este cirio, siempre encendido, no se consumia, y al tocarlo, curaban muchas personas atacadas de fiebre. Poco á poco se fueron construyendo habitaciones alrededor de esta capilla, hasta formar una pequeña villa que, con el nombre de *Catalancum*, se estendia por la antigua ruta de Pontoise. A fines del siglo VI, el pequeño oratorio construido por Santa Genoveva fué reemplazado por una magnífica basílica y el sepulcro de San Dionisio estaba adornado de magníficas telas guarnecidas de oro y pedrería que tentaron la codicia de los soldados de Sigiberto. Cuenta San Gregorio de Tours que entraron à la basìlica, y que uno de los oficiales se apoderó de las telas que adornaban el sepulcro de San Dionisio. Uno de los soldados, habiendo subido á la cumbre del sepulcro, se cayó repentinamente y muriò en el acto.